

April Z. Monroe



Multimillonario

En Otro Cuerpo

LIBRO 2 - SERIE MULTIMILLONARIO

MULTIMILLONARIO EN OTRO CUERPO

Libro N°3 – Serie Multimillonario

Por: April Z. Monroe



Copyright © 2020

Todos los derechos reservados.

No se autoriza la reproducción de este libro ni de partes de este en forma alguna, ni tampoco que sea archivado en un sistema o transmitido de manera alguna por ningún medio -electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, audio, video u otro- sin permiso previo por escrito del autor, con excepción de lo previsto por las leyes de derechos del autor en los Estados Unidos de América.

El autor no asume responsabilidad alguna por el uso que haga del contenido de este libro. El lector es responsable único de sus actos.

70 años contaba Maximiliano García cuando contrajo matrimonio con la señorita Claudia, para entonces 45 años menor que él.

Maximiliano, de alta clase social, personalidad serena, pensativa, enigmática e interesante, se enamoró de Claudia una tarde de invierno, en la que ella paseaba junto al que, para entonces, era su esposo: el señor Rodolfo Agustín, uno de los jóvenes más asalariados de la época.

Sin embargo, la fortuna de Rodolfo jamás se compararía con la de Maximiliano, que dedicó su vida a multiplicar su dinero forjando grandes empresas de renombre, en el sector petrolero, siderúrgico y agropecuario.

Esa tarde Maximiliano y Claudia estrecharon sus manos por primera vez, y pareciera que con su mirada hicieron un pacto. Yo estaba presente, cinco años trabajando para el señor Maximiliano y era mi deber hacer sus paseos. Teníamos extensas charlas inolvidables, eran gratos momentos.

Un mes después de conocer a Claudia, recibimos una fatídica noticia, el señor Rodolfo habría muerto por causas naturales. Para nosotros esa noticia generó gran impacto, considerando que era un joven de apenas 30 años y que contaba con una excelente condición física.

El día del velatorio Claudia lloraba desconsolada en una esquina, ella solo quería “morir con su amor”, exclamaba mientras limpiaba sus lágrimas con sus manos.

En un gesto de auténtica caballerosidad —como era de acostumbrarse—, El señor García extendió su mano ofreciendo un pañuelo blanco, para que la triste viuda secara sus lágrimas. Ella agradeció con una sonrisa, algo forzada, al no poder contener el llanto.

Maximiliano expresó sus condolencias y tomando una de las delicadas manos de Claudia, susurró: —Mi más sentido y sincero pésame —ella le miró fijamente y asintió.

Maximiliano y yo caminamos por el velatorio, hicimos acto de presencia y luego nos marchamos. A él no le agradaban los ambientes fúnebres.

—Mi querida Estela —me decía—, el tiempo es más valioso que el oro, y a mí ya se me está acabando. Lo que me queda por vivir quiero hacerlo en lugares llenos de vida, no en espacios llenos de tristeza y dolor.

—Entiendo perfectamente, Maximiliano, vamos a casa.

La mansión García era de increíbles dimensiones, tanto que podías llegar a sentirte solo, aunque en ella habitáramos más de treinta personas, entre cuidadores, cocineros, agricultores, domésticas, entre otros empleados, y por supuesto, yo, su enfermera.

Los familiares de Maximiliano pasaban por la mansión a vacacionar, siempre había alguien de paso hospedándose en la mansión García. Uno de los pocos residentes permanentes era su hijo Enrique, de diez años, concebido por el señor García y la señora Clara tras un embarazo de alto riesgo en el que ella, no sobrevivió.

A Maximiliano le gustaba la soledad, sin embargo, no quería morir rodeado de ella, quería sentir el amor de una mujer a su lado, algo que me expresó en reiteradas ocasiones, cuando me decía que el tiempo valía más que oro, y que quería estar rodeado de vida.

Pero, cuando se refería a “vida”, jamás me imaginé que se tratara de una mujer tan joven.

Cuatro meses después de la muerte de Rodolfo, su viuda y heredera de la mitad de su fortuna, Claudia, hizo una visita pasajera por el lugar, quería despejarse de todo y expresó que nada mejor que la compañía de un caballero como Maximiliano García.

Con el pasar del tiempo, las visitas de la señorita Claudia a la mansión fueron constantes, hasta que, después de ocho meses —al cumplir un año de viuda—, llegó a la mansión con sus maletas. Todos nos sentimos muy extrañados, pero la atendimos como si fuese su hogar.

Esa tarde, al final del día, Maximiliano nos reunió a todos, trabajadores y familiares, para dar la noticia: —A partir de hoy Claudia vivirá con nosotros, y pronto he de llamarla mi esposa.

Para mí fue una noticia de gran impacto, pero, ¿qué hacer? El patrón estaba dispuesto a vivir su vejez de la mejor manera.

¿Y qué mejor manera que con Claudia? Mujer pretenciosa, de modales y muy refinada. Su viudez no logró quitarle su rozagante semblante, su cabello negro largo y liso, su hermosa figura, sus ojos azules y su tez, blanca como la leche.

Definitivamente, cualquier hombre caería en los brazos de tan bella y voluptuosa mujer. Y Maximiliano, en su condición de hombre, no fue la excepción.

Durante los primeros la señorita se mostraba muy cortés con todos, incluso con Gabriel, el hijo del señor Maximiliano, con quien era especialmente adorable.

Pronto Maximiliano se convenció de querer la mano de tan perfecta mujer, así que la pidió en matrimonio. Ella, indudablemente, dijo que sí, mientras dos grandes lágrimas de felicidad brotaban por sus ojos.

La vida de ambos había cambiado considerablemente, él pasó de ser un viudo solitario a convertirse en un señor lleno de vida y el esposo de una de las mujeres más codiciadas del lugar. Ella, pasó de ser la viuda de un joven acaudalado, a convertirse en la esposa de uno de los hombres más pudientes, figurando en varias revistas como uno de los más millonarios de América.

Todo era perfecto para los dos, o mejor dicho, para los tres, porque la vida del pequeño Gabriel también cambiaría por completo, al tener en su vida a una figura materna.

Yo siempre lo acompañé en todo, traté de brindarle no solo mis servicios sino también mi amistad. Pero, ahora con la señora, era indispensable que ella ocupara el rol de madre y amiga, por lo que muchos de los trabajadores de la mansión García tuvimos que distanciarnos un poco del muchacho.

La boda fue opulenta, aunque el señor García quería una boda en su isla privada a unas horas de la mansión —él era amante de la playa— Claudia insistió en hacerlo en una iglesia gótica, en Europa.

Esto implicó que la mayoría de las personas cercanas al señor García no pudimos asistir, de hecho, por orden de ella, ninguno de nosotros, sus más fieles trabajadores y amigos, fuimos invitados.

Pero, él sabía que lo entenderíamos y que lo primero que deseábamos era su felicidad.

Seis meses pasaron, los esposos disfrutaron de una maravillosa boda y luna de miel, de la cual pudimos apreciar fotos que Gabriel nos enviaba constantemente —al menos del día de la boda—, fue emocionante observar cómo, después de la pérdida de su señora, se encontraba rehaciendo su vida y casándose en un lugar majestuoso de Europa.

Finalizada la luna de miel, pudimos encontrar a un señor García más eufórico y contento, pero, por el lado de la señorita Claudia fue un poco más distinto, nos encontramos frente a una mujer un poco más arrogante e imponente.

“Ser la esposa de uno de los hombres más ricos del mundo no es tan fácil como parece”, afirmaba Florencia, una de las más antiguas trabajadoras del señor Maximiliano, y si ella lo decía, debía ser verdad. Nadie más que ella conoce la historia de esta casa.

Pasaron los meses y nos acostumbramos a la nueva realidad, nos adaptamos a recibir órdenes de Claudia, principalmente, en todo lo relacionado con temas de hogar.

Cuatro meses pasaron y el señor Maximiliano empezó a sentirse descompensado, fue preocupante para todos, ya que tenía padecimientos cardíacos con los que debíamos tener especial cuidado.

Maximiliano era celoso con sus pastillas para la tensión, yo las compraba, y él se encargaba de tomarlas de forma puntual y cumplida. Podía olvidarse de cualquier cosa, menos de ello, ¡y mucho menos ahora que debía disfrutar de la presencia de su maravillosa esposa!

Pero, las cosas se fueron poniendo cada vez más delicadas. El doctor insistió en la puntualidad de las pastillas “es importante que no falte su dosis diaria”, afirmaba. Nosotros asentíamos, sabíamos que nuestro trabajo estaba cumplido.

Atribuyó sus dolores al estrés, así que se dedicó unos días a descansar en casa junto a su amada esposa Claudia. Pero, para asombro de todos, un día de descanso, bajo el cuidado de todos sus empleados, Maximiliano sufrió un paro cardíaco fulminante que acabó con su vida.

No sabíamos qué hacer, no concebíamos nuestro trabajo sin el señor García. Por un momento todas nuestras responsabilidades quedaron en las completas manos de Claudia, que se vio bajo una severa presión, nuevamente enviudaba, la suerte no estaba con ella.

Estar en su sepelio fue más que doloroso para mí, amaba a ese señor, era mi más grande consejero, y nuestra confianza era incalculable. Ahora me sentía sola, y en la mansión García había un hueco que nadie podría llenar.

La lectura de su testamento era lo más esperado después del sepelio. Se supo que, su hijo mayor, Antonio, quedaría al mando de todas las instituciones, que ninguno de los trabajadores con cinco años o más podía ser removido de sus funciones en la mansión.

También, se supo que el 40% de su fortuna era para su segundo hijo, Gabriel, sin embargo, por ley, este dinero quedaba en manos de la señorita Claudia hasta que el joven cumpliera la mayoría de edad. Como madrastra, debía administrar muy bien todo lo que tuviera que ver con Gabriel, quedó sobre sus hombros una gran responsabilidad.

Pero, además, mientras Claudia cumpliera con esta responsabilidad, tenía el derecho a hacer uso del 10 por ciento de su fortuna.

El mismo día de la muerte de Maximiliano, fallecía al sur del país un joven humilde, trabajador del campo, huérfano, con una esposa y un hijo. 35 años contaba cuando una fuerte caída le generó un golpe en la cabeza por el que cayó en coma y, luego de un tiempo, decidieron desconectarlo.

Juan era su nombre, y su familia era su posesión más preciada. Tras morir dejó a su esposa sola con su hijo, en una casa de barro y en precarias condiciones.

Ambos esperaban salir adelante juntos, pero, dada la situación, la madre de sus hijos se encontró en una posición muy desfavorable.

Al contrario de Maximiliano, Juan no dejó herencia, tampoco condiciones. Sus únicos dolientes eran su esposa y su primogénito, ya que nunca conoció a quienes lo concibieron.

Muchas cosas pueden pasar con las almas: algunas se quedan vagando, otras consiguen llegar a la luz, y otras, por más que la muerte insista, siguen aferradas a la vida.

Algo pasó ese 10 de enero a las 4 en punto de la tarde, cuando Maximiliano cayó al suelo tras un infarto fulminante y Juan fue desconectado.

Misma fecha, misma hora, no quiere decir que sus almas hayan tomado el mismo destino. En efecto, los rumbos de estos dos fantasmas decidieron tomar caminos distintos... pues mientras Juan se quedó penando, viviendo el sufrimiento de su esposa y su hijo, mientras tanto Maximiliano se aferró a la vida, pero esta vez en otro cuerpo.

Doce de la noche, Maximiliano se despierta en la sala de un hospital, no sabía muy bien su situación, solo se hallaba desnudo. En el pedestal de su cama, una carpeta dictaba la siguiente sentencia:

“Desconexión del cuerpo 9:00 p.m.”

El lugar era solitario y abrumador, parecía ser un hospital en condiciones muy decadentes. Tantas, que parecía no haber personal nocturno, solo unos pocos guardias de seguridad de tercera edad.

'Me secuestraron', pensó Maximiliano. Rápidamente salió de la habitación, espantado por la cantidad de cadáveres que le rodeaban por montones. El olor a muerte era palpable, era el último lugar en donde Maximiliano quisiera estar.

Salió al pasillo sigilosamente, seguro de que estaría en un hospital clandestino, aunque no sabía por qué motivo querrían a un viejo de setenta años para el tráfico de órganos. Se preocupó profundamente por su hijo, pero necesitaba salir de ahí para denunciar a las autoridades lo acontecido.

Vislumbró al final del pasillo una salida de emergencia, se colocó un atuendo de enfermero y salió rápidamente del lugar. Pensó que podía morir en cualquier momento, que por tratar de escapar le dispararían a distancia. Pero más bien parecía que nadie lo seguía, que no importaba si estaba o no en ese lugar tan pobre y sucio.

Las calles estaban completamente solas, no entendió hasta donde pudieron haberlo llevado y sentía un gran vacío en el estómago. Finalmente, vio a lo lejos una humilde estación de policía, así que decidió caminar rápidamente hasta allá.

Nos sabía qué decir, no sabía cómo presentarse ante los policías. Se detuvo un momento ante una vidriera para arreglar un poco su indumentaria, que, aunque era un uniforme, quería verse limpio, temía generar una mala impresión y meterse en más problemas de los que estaba.

Aprovechó y se detuvo ante una vidriera, pero, cuando observó su reflejo, quedó perplejo, pálido y más desubicado de lo que ya estaba.

Se observó las manos, no lo hacía desde que salía del hospital, “manos jóvenes” se las llevó a la cara, hizo varios gestos sospechando que se trataba de una broma oculta, pero nadie estaba a su alrededor, estaba solo en un lugar completamente desconocido para él.

Detalló su rostro... ojos color miel, abundante cabello castaño claro y liso, medía más o menos un metro noventa, sus manos eran jóvenes, pero tenían cortaduras y ampollas, cuerpo tonificado, brazos fuertes y dientes perfectamente alineados.

Maximiliano se sentía bien, y no me refiero a la parte emocional, sino a la física, se sentía con más vitalidad que nunca, se sentía sano. Ahora dudaba si era correcto ir a la policía, decidió pasar la noche en un rincón, procurando no ensuciarse, y tratando de entender qué pasaba con él.

Al amanecer buscaría respuestas o... mejor aún, quizá esto es solo un sueño y, al día siguiente, solo volvería estar en la cama con su amada Claudia.

Pero amaneció y nada fue diferente, seguía siendo ese extraño hombre... no tenía ni un centavo en los bolsillos así que solo tomó un bus que le hizo el favor de llevarlo al otro lado de la ciudad, en donde había un terminal de pasajeros que lo llevaría a su destino... o eso parecía.

Ya en el lugar, seguía sin tener dinero, así que pidió trabajo en un restaurante como mesero. El restaurante era pequeño, pero él pidió desconsoladamente que, por favor, le ayudaran por unos días para poder regresar a su ciudad, alegando que había sido víctima de secuestro y despertó en un lugar desconocido.

Las mujeres, al ver la educación con la que se expresaba el hombre y lo increíblemente apuesto que era, decidieron creerle. Le dieron un uniforme y también ropa para que se quitara ese uniforme de hospital.

Por una semana Maximiliano trabajó arduamente, limpiando pisos, lavando trastes y sirviendo mesas. Le recordó aquellos tiempos en su niñez, cuando debía costearse el alimento con trabajo duro. Si no fuese sido por su alto coeficiente intelectual y por su gran desempeño universitario y en los negocios, nunca hubiese surgido de esa forma.

Trabajó con las señoras, también habló con ellas y les dio muchos consejos para hacer crecer su negocio. Todo eso como agradecimiento por haberle aclarado su ubicación en el mapa, por haberlo recibido durante una semana y darle alojamiento en el mismo local en donde laboró.

A la semana las dos mujeres le abrazaban fuertemente y le deseaban mucha suerte en el camino.

Ya iba rumbo a su hogar, se sentía dichoso, pero no sabía quién era ahora, no sabía la identidad de este cuerpo que ahora portaba, ni siquiera podía terminar de creer lo que le sucedía, pero tras una semana en la misma situación, vaya que era real.

Durante su estadía con las señoras se inventó un nombre y un apellido: Roger Hill. Se quedaría con ese nombre, pero ahora tiene que inventar una historia, cualquiera, para poder ingresar de nuevo en su hogar.

Aunque había pasado por muchas cosas en su vida, nunca se vio en la penosa situación de tener que simular ser otra persona y de tener que mentir a tal magnitud. Pero, inconscientemente había robado un cuerpo y no sabía en dónde estaba el suyo, en qué parte del mundo. Temía que al llegar a su mansión se encontrara con que había alguien más ocupándolo “quizá el espíritu de este hombre ahora ocupe mi cuerpo”, pensó.

Sabía cuáles eran las carencias en su hogar, así que se presentaría como lo que era, un ingeniero agrónomo que serviría como consejero y sería la mano derecha del señor García.

Cinco días duró este viaje por carretera, en los cuales cada vez que Maximiliano se miraba al espejo quedaba perplejo. Hacían paradas esporádicas y gracias a la ayuda de esas bondadosas mujeres tuvo el dinero suficiente para comprar un traje sencillo pero decente, con el cual se presentaría apenas llegara a la mansión, también tenía para hospedarse un par de días en un hotel barato, estaba seguro que en ese tiempo ya estaría adentro de la mansión, y podría analizar desde la comodidad de su hogar todo este evento paranormal que estaba ocurriendo.

Llegó a su ciudad, respiró profundo, sentía que estaba en su hogar, conocía las calles y las avenidas. Todo era perfectamente familiar.

Sabía a qué hotel ir, así que se dirigió rápidamente caminando. Se sentía vigoroso y eso no lo podía negar, era una sensación más que satisfactoria.

Llegó al hotel, pagó una habitación y la recepcionista le esbozó una sonrisa coqueta.

'Qué raro, pensó, estas sonrisas solo las recibía de las damas cuando se enteraban de mi multimillonaria fortuna'. Realmente ahora era un hombre bastante apuesto, nunca lo fue, toda su vida fue, más que atractivo, interesante.

Llegó a la habitación, tomó una ducha y se dispuso a colocarse el sencillo traje que había comprado. En realidad, no necesitaba más nada, el atractivo de ese cuerpo que ahora portaba era suficiente para lucir espléndidamente bien.

Se miró al espejo y salió dispuesto a conseguir un empleo en su propia mansión. Tomó un bus, caminó unos minutos y ya estaba en la puerta de la mansión. Llamó al intercomunicador de la entrada:

—Mansión García, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes Este... —dudó un poco, diría el nombre de quien había respondido, Estela, pero se detuvo en seco— vengo a hablar con el señor García.

—Ehmmm... disculpe un momento, caballero.

—Un hombre pregunta por Maximiliano en la puerta, Florencia —estaba indecisa, no sabía qué responderle.

—Oh querida, hazlo pasar, quizá sea un viejo amigo y no sabe de la noticia, aunque en realidad es muy raro.

Presioné el botón del interlocutor y respondí.

—Señor, espere un minuto, ya lo recibo.

Salí rápidamente tratando de crear en mi mente las palabras perfectas para decirle que el señor Maximiliano había fallecido. No creo que haya palabras acertadas para dar este tipo de noticias, pero quería hacerlo de la manera más sutil, no sabía cuál era su parentesco o su relación con él.

Me acerqué a la puerta, y quedé impresionada con el atractivo de ese hombre que esperaba atrás de las rejas de la mansión. Mi corazón se aceleró un poco, se abrieron las rejas y le invité a pasar. Caminamos el patio hasta llegar a la mansión, siempre en profundo silencio, su mirada me intimidaba.

Al llegar a la sala de estar le invité a tomar asiento, no era yo la persona que debía darle la noticia, debía ser su esposa, o, mejor dicho, su viuda. Así que me limité a invitarle un café, lo negó y pidió un té, verde, preferiblemente.

Me sentí un poco intrigada, era la bebida predilecta de Maximiliano, me hizo sentir tan familiar que no pude evitar sonreír, de inmediato atendí su orden.

Mientras me retiraba, llegaba Claudia vestida de luto, como era de acostumbrar en aquellos días de duelo. Pude ver que su expresión cambió completamente cuando vio a aquél joven, del que ni siquiera pude saber su nombre.

El semblante de Claudia cambió de inmediato, sabía cómo seducir a alguien con sutileza, sin embargo, me pareció muy fuera de lugar su actitud, considerando que Maximiliano apenas tenía unos días de haber fallecido.

Escuché disimuladamente su conversación.

—Un placer, Claudia de García —dijo amablemente.

—Un gusto, Robert Hill... —respondió seriamente— ¿se puede saber el motivo del color de su indumentaria?

—Eh... mi esposo, Maximiliano, falleció apenas hace unos días.

Se escuchó un silencio sepulcral... Roger no respondió a lo que dijo Claudia, ni siquiera le dio el pésame. En ese instante llegué con el té, él lo tomó de inmediato, estaba pálido como una hoja, su respiración era entrecortada, sus ojos miraban a la nada.

—¿se siente bien, señor Hill? —pregunté.

Mi labor como enfermera de la familia era atender lo que aquejaba el bienestar de los que se hospedaban en la casa, ya sean empleados, visitantes, o los propios patrones.

—Ehmm sí, gracias —respondió en seco.

Me retiré nuevamente y seguí escuchando la conversación a distancia.

—¿Lo conocía usted a él?

—Ehmm, ¡claro! —se escuchaba dudoso—, de hecho, no sé por qué le pregunté eso, cuando lo sabía perfectamente. Mi más sentido y sincero pésame.

—Gracias... —respondió Claudia.

En su tono de voz se le escuchaba dolida, pero esta vez, más de lo habitual.

—Hablé en reiteradas ocasiones con Maximiliano, ¡fuimos buenos amigos!, como administrador, me pidió encarecidamente que cuando muriera, me convirtiera en el asesor financiero de la familia...

—Oh... —respondió Claudia.

—Yo le decía que no pensara el eso... que tenía demasiada vida por delante, pero él ¡ah! Vaya que era un hombre terco, y tomaba sus previsiones en todos los sentidos. Yo era administrador financiero en su empresa petrolera, pero ahora he dejado a mi cargo a Carl, mi mano derecha, mientras yo trabajo para ustedes.

—Ehmm, —respondió Claudia—, pues, si es así, le doy la bienvenida. Si usted viene desde lejos podría hospedarse en la mansión. Hablaremos de su salario y todos los asuntos legales con mi abogado... su presencia me resulta bastante oportuna —dijo con un tono un poco arrogante.

—¡Perfecto! Me encantaría —dijo él de inmediato.

Tendríamos un nuevo inquilino en casa, así que debía preparar una habitación. De hecho, después de que Roger se retiró, Claudia se dirigió hasta mí:

—Estela, prepara una habitación, hay un nuevo trabajador en la mansión.

—Perfecto, señorita Claudia, la habitación del fondo está vacía, la prepararé de inmediato.

—¡No!, esa está muy retirada, condiciona la habitación de visitantes, será mucho más agradable para él.

La habitación de visitantes, queda a unos pocos metros del cuarto principal, en donde dormían el señor Maximiliano y ella, y en donde ahora ella se encuentra, sola.

Decidí no pensar demasiado en ello, además, la habitación de visitantes sí que era bastante cómoda, Roger se sentiría como en casa.

Al día siguiente, a primera hora, llegaba Roger a casa. Extrañamente solo llevaba un maletín de mano, no había maletas, ni nada que desempacar, era bastante inusual. Lo poco que traía, estaba en dicho maletín.

Claudia lo recibió gustosa, y lo presentó ante todos, le dio el día para que se aclimatara a la mansión. Durante todo ese día Roger estuvo hablando y jugando con Gabriel, ambos se llevaron muy bien al instante, el niño parecía conocerlo de antes, pero, imposible, yo lo sabría.

Durante ese día también se dedicó a hablar con Claudia, estaba a su lado casi en todo momento. Claudia era una mujer que no pasaba desapercibida en ningún lugar, y la atracción por ella de parte de Roger era evidente.

Ese día, extrañamente Claudia vistió de falda y blusa con escote, aunque seguía utilizando indumentaria negra, esta vez vestía significativamente más atrevida que los días anteriores. Sin embargo, Roger parecía ser todo un caballero.

Pasaron los días, Roger se adaptó rápidamente a la mansión. Generalmente, un trabajador promedio tarda de dos semanas a un mes en aprender dónde queda cada lugar dentro de este gran hogar, pero la memoria de Roger parecía ser privilegiada.

Apenas han pasado cinco días y Roger conoce el más mínimo rincón del lugar, de no ser porque acaba de llegar y yo llevo aquí seis años, podría decir que la conoce incluso mejor que yo.

Definitivamente el señor Maximiliano sabe escoger a sus profesionales. Raras veces cruzaba palabra con Roger, Claudia estaba todo el día ocupada con él, y cuando no estaba con ella, ocupaba su tiempo en hablar con el pequeño Gabriel y ayudarle en sus tareas de matemáticas.

Al parecer, las finanzas millonarias que dejó el señor Maximiliano son más que complicadas. Ya que a Claudia se le nota nerviosa ante tan grande responsabilidad.

Eso pensaba en un principio, pero, pasados los días, escuché una conversación que cambiaría el rumbo de las cosas significativamente. En esta gran mansión es fácil escuchar conversaciones, y más con la ausencia del señor Maximiliano, que sabía cautivar la atención de todos sus empleados y visitantes.

Pero, ya sin distracciones, se me hizo imposible pasar por alto aquella charla entre Claudia y... realmente no sé quien era la persona que estaba al otro lado del teléfono.

—Elizabeth: no he podido ausentarme de la mansión, he estado muy ocupada cariño. Pero, no se me olvida nuestro plan, todo está saliendo muy bien, cuando llegué el momento propicio, nos desapareceremos con el dinero... Hice todo esto por nosotros, y no se me olvida, mañana es nuestro segundo aniversario, te amo —colgó.

“Nos desapareceremos con el dinero” “segundo aniversario” ¿qué trama Claudia? A partir de entonces mis sospechas incrementaban cada vez más. Pero debía mantener el control, necesitaba desenmascararla antes de que lograra su cometido.

Quería hablar con alguien lo de Claudia, pero no habría nadie capaz de darle la cara a la situación. Todos amaban profundamente su trabajo y, aunque Maximiliano prohibió que fuésemos despedidos, en el fondo sabía que Claudia podía hacer lo que fuera para que renunciáramos. Por eso, todos nos limitábamos a recibir órdenes y acatar.

Pasó un mes y mi mente seguía dando vueltas con respecto al asunto, sin embargo, me dediqué a trabajar pensando a quién podría recurrir para que Claudia no se saliera con la suya.

Después de tanto meditar, llegué a la conclusión de que podría decirle a Roger. Era amigo de Maximiliano, tiene algunas cosas en común con él, es experto en finanzas y, lo más importante, lleva las finanzas del difunto patrón. Nadie mejor que él.

“Esta noche me acercaré a su recámara y hablaré con él al respecto, sé que me escuchará”. Aunque no habíamos tenido la oportunidad de entablar una conversación con Roger durante este mes, este era un tema de trabajo de suma importancia, así que sabía que me escucharía atentamente.

Y así fue, generalmente, marcadas las diez de la noche, todos van a su habitación. A esa hora me preparé para salir directo a su habitación, caminé rápidamente por el pasillo, pero, al doblar hacia el pasillo que da a su habitación, me detuve súbitamente: Claudia estaba saliendo de su recámara.

“Quizá va a buscar algo en la cocina, o a leer en la biblioteca” pensé, pero no fue así, Claudia, vestía con una bata roja de seda y unos tacones negros. Tocó a la puerta de Roger.

—Señorita Claudia, ¿en qué la puedo ayudar? —preguntó Roger amablemente.

—Me puedes ayudar en muchas cosas Roger —respondió ella.

Acto seguido entró a la habitación y cerró la puerta tras de sí. Sentí una rabia tan grande al ver cómo esta mujer engañaba al patrón Maximiliano, pretende robar su dinero, y ahora quiere revolcarse con... Roger.

Sentí ira e indignación, pero más que eso, sentí celos, unos celos difíciles de admitir.

Caminé lentamente hacia la puerta de Roger e incliné mi oído hacia la puerta, quería saber qué pasaba en realidad.

—Roger, no quiero que digas nada, solo necesito que me hagas tuya —dijo Claudia apasionadamente.

—En qué situación tan difícil me pones, Claudia... apenas hace un mes...

—Tócame Roger, y olvidemos el resto del mundo.

Luego todo estaba en silencio, solo se escuchaban las ropas cayendo al suelo y los gemidos ahogados de Claudia.

Volví a mi habitación. Todos mis planes estaban arruinados esa noche, pero seguía viendo en Roger el aliado para mi plan. No había otra salida, en sus manos estaban las finanzas de Maximiliano.

Al día siguiente Claudia se veía plácida y contenta, hacía mucho tiempo que no la veíamos así, yo podría afirmar que nunca la vimos así. Solo tres personas sabíamos el motivo de su sonrisa: Roger, Claudia y yo.

Pero yo estaba convencida: apenas tuviera la oportunidad le pediría ayuda.

La semana siguiente me encargué de vigilar todos los pasos de Claudia, ella hablaba con su amante dos veces por semana, lunes y miércoles. Salía los viernes en la tarde con él, se excusaba diciendo que salía a su cita en el spa.

De lunes a viernes estaba toda la mañana con Roger, arreglando temas económicos. Ella se vestía y actuaba de forma insinuante, sin embargo, Roger en público era bastante discreto, a pesar de tener a una mujer tan atractiva frente a él siempre a su disposición.

Por las tardes ella pasaba un rato con Gabriel y luego salía, de esas salidas no sé absolutamente nada. Llega por las noches, se baña, y ahora hay un hábito nuevo en su rutina: pasa por la recámara de Roger, excepto los viernes, que estuvo con su amante.

Pero, aunque ella se tomara esa molestia a diario, me causa gracia que solo ha consumado el acto con Roger en dos ocasiones. Del resto, él se queda trabajando hasta tarde en un lugar visible, en compañía de uno de los vigilantes, que se convirtió en un buen amigo para él estos últimos días.

Ha llegado el viernes por la tarde, estoy a la espera de que Claudia vaya al “spa”, para hablar tranquilamente con Roger. Ella sale apresurada —se le hizo tarde— se despide de Roger como si fuera una responsabilidad, y luego se retira.

Son las cuatro p.m., termino de hacer mis quehaceres, preparo un té verde con miel, y me acerco a la oficina de Roger. Tenía todo fríamente calculado. Toco a la puerta.

—Adelante —exclama él, taciturno.

—Señor Hill, le traje un té. Ha estado tanto tiempo encerrado en esta oficina que pensé que necesitaría algo para refrescarse.

—Oh! Estela, ¡tú siempre tan oportuna! —exclamó él en un tono alegre—. Pasa adelante.

Me extrañó demasiado el tono de confianza, si él y yo apenas cruzamos un par de palabras desde que llegó a la mansión. “Siempre tan oportuna”, quedó resonando en mi mente, me sentí tan a gusto, me recordaba al señor García.

Le di la tasa de té, él tomó un sorbo para luego decir.

—¡Con miel!, tal y como me gusta.

“Tal y como le gusta al señor Maximiliano”, tantas similitudes parecían mentira. Me invitó a sentarme, hablamos por largo rato, nos reímos, lloré por la partida de mi patrón, él me animó con algunas anécdotas que, según afirmaba, le había contado Maximiliano.

Todo me era tan familiar al lado de Roger, había un lazo que lo conectaba con Maximiliano y eso me hacía sentir feliz. Tanto, que olvidé a qué iba, quedé sumida en la conversación.

Ya era muy de noche cuando decidí retirarme. Antes de cerrar la puerta, me dijo.

—Llevaba muchos días sin reír tanto, extrañaba disfrutar de la calidez de una hermosa e inteligente dama. Cuando gustes puedes pasar por aquí una vez terminadas tus labores. A veces, con tanto trabajo, necesito una grata compañía.

Sonreí y me retiré.

Me di cuenta que en compañía de Claudia, Roger no reía tanto, a pesar de que entablaran una conversación casual, fuera de trabajo. Me hizo recordar a Maximiliano de nuevo, conmigo era un mar de carcajadas, anécdotas, chistes y enseñanzas; con ella, era más una apariencia, nunca lo hizo reír tanto, nunca lo hizo tan feliz como probablemente yo, lo hubiese logrado.

Las noches siguientes, aburrida de estar en mi cuarto, decidí tomarle la palabra a Roger. Siempre esperaba a que Claudia saliera y tocara a la puerta de la habitación de él, en vano, porque nunca estaba. Luego, me dirigía al estudio en donde Roger se encontraba trabajando, llevaba en mi mano una bandeja con té.

Eran noches tan gratas, me sentía a gusto y él también. Hablábamos mucho, de hecho, un día hablamos hasta el amanecer.

No temía de contarle mis emociones, él no se cansaba de escucharme, aunque no me hablaba demasiado de su vida.

En una ocasión, a las tres de la madrugada, decidí cortar la conversación en seco. Era magnífica su compañía, pero tenía mucho trabajo que hacer al siguiente día.

Él insistía que me quedara una hora más... le dije que no había tiempo, a lo que él me respondió:

—Mi querida estela, el tiempo vale más que el oro, y debemos disfrutarlo.

Muchas cosas coincidían: sus palabras, su forma de relatar las historias, su manera de caminar, de expresarse, de mirar, sus gustos gastronómicos, y ahora... esa frase.

Un cúmulo de emociones afloraron en mí esa noche, no lo pude contener. Le miré fijamente a los ojos y le dije.

—Te extraño, Maximiliano —mientras mis lágrimas se dejaban correr por mis mejillas.

El me devolvió una mirada muy triste.

—Oh, mi niña, cuán ciego fui —respondió mientras me limpiaba las lágrimas.

Se acercó muy lentamente y me besó en la mejilla, luego, me besó en los labios. Mi corazón palpitaba fuerte, estaba en una situación muy confusa, pero me dejé llevar por el momento. Era algo que siempre imaginé, mi imaginación siempre creaba escenarios románticos con Maximiliano, escenarios que nunca se harían realidad.

En medio del beso me detuve y lo miré fijamente.

—Espera... eres tú, ¿verdad?

—Lo supiste desde el primer día, Estela. Y nunca voy a olvidar ese “te amo” que susurraste a mi oído un día antes de mi partida.

Sentí escalofríos, nadie más sabía eso, él se sentía ya bastante mal, yo tenía miedo y, estando a solas, me acerqué a su cama y le dije “quiero que sepas que... te amo”.

Seguimos besándonos mientras brotaban lágrimas de mis ojos “¡es él!” pensaba, estaba tan feliz, tan eufórica, que la confusión quedó a un lado, solo me sentía completa porque él estaba vivo, y a mi lado, nunca se fue de mi lado.

Lo besé apasionadamente y le dije “el tiempo vale más que el oro, así que vamos a aprovecharlo”, todo esto mientras le quitaba la camisa, lentamente.

Él soltó mi cabellera roja, terminó de limpiar tiernamente mis mejillas para luego quitarme el vestuario de enfermera que aún llevaba puesto.

Quedé en ropa interior, él me miró y me dijo maravillado “¿cómo no me di cuenta antes de lo increíblemente bella que eres?” Empezó a besar cada una de las pecas en mi escote para luego subir a mi cuello y morderme lentamente.

Yo temblaba, por miedo, emoción, nervios, excitación, había una cantidad de emociones, pero solo me dejé guiar por lo que sentía. Terminé de quitar mi brasier y dejé que paseara su boca por mis pechos. Mientras tanto, tocaba la erección que había debajo de su pantalón.

Me besó los pezones, las caderas, los muslos y luego hizo a un lado mi tanga para darme sexo oral, gemí muy bajito. Él siguió haciéndolo, y yo estaba cada vez más extasiada y mojada.

Por un instante sentí miedo de que nos vieran, pero luego pensé “al diablo los demás” Tomé su erección y la introduje en mi boca, acariciándola lentamente con mi lengua. Él me tomó por el cabello, dirigiendo mis acciones.

Introdujo sus dedos, y luego me penetró mientras tomaba mis pechos y los acariciaba. Me sentía plena, mientras ese hombre salía y entraba de mí a su antojo, yo movía mis caderas para generarle más placer. Finalmente estimuló mi clítoris con sus dedos mientras me penetraba cada vez más duro, lo que me hizo llegar al clímax en cuestión de minutos.

Él, al sentir mi orgasmo, se dejó llevar por todo el placer que sentía y terminó por correrse dentro de mí. Ahí estábamos los dos, Maximiliano en el cuerpo de un hombre increíblemente apuesto, y yo, su eterna enamorada. Ambos jadeando del cansancio, sudados, desnudos, unidos en el mejor sexo de mi vida. Mi mayor fantasía se había vuelto realidad.

Al siguiente día me desperté contenta, todo parecía un sueño, pero no lo era. Ya no sentía soledad en la mansión, para mí, las cosas volvieron a ser como antes, con la diferencia de que ahora, Maximiliano me correspondía.

Ambos estábamos trasnochados, pero a la distancia podíamos sonreírnos cuales cómplices de travesuras. Él debía seguir con su rutina, e indiscutiblemente, Claudia formaba parte de ella.

Por mi parte, seguía concentrada en mi trabajo, pero esta vez más optimista, más feliz. Hacía cinco años que no tenía nada con nadie, mi entrega a mi trabajo fue total, y luego, mis sentimientos por el patrón crecieron, a tal punto que más que por el dinero, trabajaba por el amor.

Después de esos encuentros, entre charlas, risas, anécdotas, lágrimas, confesiones y sexo; olvidé por completo cuáles eran mis intenciones aquel día que toqué a la puerta de Roger. Sin embargo, durante todo ese tiempo pude corroborar que todo lo que hacía Claudia formaba parte de su rutina semanal: desde las llamadas telefónicas dos días por semana, hasta los encuentros furtivos con ese mismo hombre, todos los viernes por la tarde.

Mi mente estaba demasiado concentrada en mí, mi trabajo y Maximiliano, no tenía espacio ni tiempo para pensar en algo más.

Frecuentemente visitaba a Maximiliano en su oficina. Entre las muchas charlas hablamos de su relación con Claudia, me confesó que había intimado con ella un par de veces —algo que yo ya sabía—. También me confesó que lo hizo porque era su esposa, pero, que de un momento a otro cayó en cuenta “Solo ha pasado un mes de mi deceso y ya está con otro hombre” me dijo decepcionado.

Desde entonces Maximiliano jamás volvió a tener un encuentro sexual con la que ahora, era su viuda.

Así como compartíamos constantemente, también nos dábamos nuestro espacio. Ambos teníamos mucho trabajo por hacer y entendíamos nuestra posición. Pero las veces que llegaba a hacerle compañía, su semblante cambiaba, era más feliz.

Por discreción, ambos decidimos no tener más sexo desde esa primera vez, hasta que llegara la oportunidad adecuada.

Una de esas noches que lo visité en su oficina le encontré extrañado, preocupado y abrumado. Parecía no entender qué ocurría, revisaba papeles tras papeles con la mirada perdida.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunté.

—Hay algo que no está bien, querida —respondió concentrado en su tarea.

—¿A qué te refieres con exactitud?

—Hay números que no terminan de convencerme. Las cuentas no me dan, pero no encuentro los documentos, facturas o referencias bancarias que lo justifiquen.

Hoy era el día, tenía que contarle todo a Maximiliano —cuando estábamos a solas, lo llamaba por su nombre auténtico—. Así que decidí que no perdería más tiempo, que era la hora de actuar.

—Maximiliano, hay algo que tengo que decirte. Creo que quizá te puede ayudar.

—¿Qué pasa, Estela? —Dirigió sus ojos color miel directamente hacia los míos, dándome toda su atención.

—Claudia trama algo —respondí en seco.

—¿A qué te refieres? —respondió con el ceño fruncido.

Le expliqué todo lo que había descubierto, le hablé de sus rutinas, de su amante, de su plan de quedarse con el dinero de su hijo y desaparecer, algo que, al parecer, ya estaban empezando a realizar.

—Pero... ¡¿Qué demonios?! —fue su respuesta, en voz alta, fúrica.

Al verlo tan consternado le dije que, si lo deseaba, podía corroborar todo lo que le estaba diciendo. Tan solo debía poner más atención a los pasos de ella en la mansión a lo largo del día.

—No, preciosa. Confío en ti. Pero debemos actuar rápidamente, o puede acabar con todo lo que era para Gabriel.

Hablamos por largo rato, me confesó que Claudia nunca fue tan apasionada con él, que casi nunca tuvieron intimidad y que, de hecho, estando en el cuerpo de Roger, era la primera vez que veía a su esposa tan entregada en sus manos.

También me dijo que constantemente afirmaba salir con sus amigos, y que ahora caía en cuenta, no eran amigos, era su amante. “Por esa razón, justamente esos días llegaba sumamente agotada, y ni siquiera tenía la delicadeza de darme un beso en los labios, ni al llegar, ni antes de dormir”, me aseguró.

Empezamos a pensar en la posibilidad de que su muerte fuera planificada, de que realmente ella estuvo implicada. Pero, los temas financieros eran más urgentes y debía dedicarle más tiempo a eso, luego se resolvería lo demás.

Hicimos un plan.

—Me ganaré la confianza de Claudia, a tal punto de que ella me pida ayuda para terminar de concretar su artimaña. De esa forma me dará acceso a todos los sistemas que necesito para delatar su infamia.

Era la opción más viable, estaba completamente de acuerdo, era momento de acabar con ella, como ella acabó con la vida del mejor hombre del mundo.

Aclaremos cuál era el rol de cada uno. Él se ganaría su confianza en no menos de un mes, me afirmó, muy seguro —Maximiliano siempre lograba lo que se proponía—. Mientras tanto, yo me encargaría de tomar fotografías con su amante, de buscar la manera de grabar las llamadas y de capturar las salidas furtivas al “spa”.

De esta forma, al momento de desenmascararla, también quedaría en evidencia que tenía un cómplice, y al verse envuelto en tal delito, deberá aceptar su culpabilidad y inculpar a Claudia como la autora intelectual de todo lo que había ocurrido.

Los días siguientes Maximiliano y yo no tuvimos encuentros, si descubrían nuestro romance, las cosas serían mucho más complicadas.

Así que los dos nos enfocamos en lograr nuestro objetivo, además, Maximiliano aprovechaba su posición como asesor financiero para acceder a documentos y programas. Sin embargo, Claudia era bastante discreta, le hablaba de todos los temas, excepto de la fortuna de Gabriel de la que ella estaba a cargo, y de la suma de dinero que heredaría por cuidar responsablemente de este capital hasta la mayoría de edad del niño.

Por mi parte, una fotografía y unos binoculares ahora formaban parte de mis herramientas de trabajo. Discretamente tomé fotos de Claudia con Gerardo, su amante, en hoteles baratos y furtivos.

Todo este material era visto por Maximiliano, que demostraba el rencor que sentía por ella. “No creo cómo pude llegar a ser tan ingenuo, Estela, no lo entiendo”, me decía.

Con respecto al plan de ganarse la confianza de Claudia, Maximiliano iba muy bien. Por un tiempo Roger se alejó de ella, debido a la indignación que sentía, pero debía volver al ruedo y retomar su atención para poder involucrarse en sus planes ocultos.

De nuevo se le veía a Claudia coqueta, con escotes, faldas y vestidos cortos en la mansión, ya no vestía de negro. Por mi trabajo, debía estar de un lado a otro en la mansión, a cada minuto, eso me permitía ver cómo tomaban vino, cómo reían juntos, y cómo ella se le acercaba de forma descarada mostrándole su escote o sus muslos.

Él respondía al coqueteo, de forma discreta.

Ambos estábamos conscientes, debía ser permisivo con ella si quería lograr su meta. Así que no me molestaba demasiado verlos juntos, porque sé que él tenía muy claro cuál era su objetivo.

Sin embargo, ella cada vez se veía más cerca de él y eso empezó a molestarme, a generarme unos celos que creían cada día más. Pero, no decía nada, no quería arruinar el plan y no lo iba a hacer.

Las pocas veces que nos encontrábamos Maximiliano y yo, nos poníamos al día con lo que habíamos descubierto, luego tomábamos algo juntos, nos relajábamos, nos besábamos un poco, y, como siempre, a pesar de nuestra difícil situación, terminábamos en un mar de risas y emociones.

La química entre ese hombre y yo era incalculable, con él todo me generaba placer, hasta la más simple conversación terminaba por ser algo para recordar. Maximiliano era él mismo conmigo, llegamos a tener una confianza tan íntima, que estando juntos nos sentíamos completos. Éramos el complemento perfecto.

Durante nuestros “estatus” sobre el plan, me di cuenta que realmente él no perdía el tiempo. Me mostraba cosas nuevas que nos aclaraban dudas, y que nos demostraba a ambos que estábamos cada vez más cerca de descubrir un desfalco.

Eso lo hacía sentir furioso, no entendía cómo todo se salió de sus manos de un momento a otro, pero también se sentía feliz, porque sabía que la justicia estaría de su lado.

Una de esas noches en las que Maximiliano se quedaba en su estudio trabajando, Claudia tocó a su puerta. Me di cuenta porque, después de acercarse a su habitación y ver que no se encontraba, hizo algo que nunca acostumbraba: empezó a buscar por la mansión para saber en dónde se encontraba Roger, hasta que dio con él pocos minutos después en su estudio.

La observaba, caminando con el cabello suelto y en un pijama blanco de seda, pequeño, que dejaba mostrar su escote y su ropa interior de encaje. Ella lo estaba buscando impaciente con un solo objetivo, y yo sabía cuál era.

Tocó a la puerta de su estudio.

—Adelante —respondió él.

De inmediato Claudia entró al estudio

—Claudia, ¿en qué te puedo ayudar? —exclamó sereno.

—Mírame, y te vas a dar cuenta en qué forma quiero que

me ayudes —dijo ella.

Yo estaba pegada a la puerta, de nuevo escuchando, impotente, no podía hacer nada. Estaba furiosa, con ganas de llorar, mientras que Maximiliano y yo apenas hemos hecho el amor una sola vez, esta cualquiera quiere utilizarlo cuando se le apetece.

—Oh! Claudia, estás hermosa. Pero, disculpa, tengo demasiado trabajo. Si no está listo para mañana se me complicarán las cosas.

—Puedes considerar el sexo como parte de tu trabajo, amor —dijo ella, en un tono provocativo.

Se escuchó una ligera carcajada de Maximiliano.

—No, gracias. Yo estudié para trabajar en las finanzas. Así que, no te preocupes. Además, aquí nos pueden ver, Claudia, mejor ve a tu recámara a descansar, yo te alcanzo cuando termine con mis deberes.

Me alegraba que él tratara de evadirla a toda costa. Después de saber todo lo que hace, ha de ser desagradable para él volver a tocarla.

—La verdad, Roger... no vine solo para esto, quiero hablarte de algo que estoy haciendo y quizá, si todo sale bien, nos podamos escapar los dos juntos... y millonarios.

—¿A qué te refieres, cariño? —dijo él con un tono interesado.

—Es algo que he tramado yo sola —mentía—, pero ¡no lo puedo evitar! Me vuelves loca, me encantas, y tú puedes ayudarme. Ambos, nos podemos ayudar y amarnos fuera de esta prisión.

—Me interesa, hermosa —dijo él—, ven, siéntate a mi lado y hablemos del tema.

—¡No!, no hablaré de esto hasta que me toques y me hagas tuya, Roger. Mi cuerpo te quiere dentro de mí.

—El orden de los factores no afecta el producto —respondió él bromeando—, primero hablemos, luego hacemos lo que te apetezca.

—¡No me deseas!, —dijo histérica y con un tono de voz elevado— si es así, entonces no eres la persona correcta. Nunca respondes a mis pretensiones, quiero entregarme a ti, pero no me correspondes. Si no me demuestras que te gusto, no tiene sentido que hablemos.

—Bien... calma, Claudia. Claro que me gustas.

—Entonces, Roger, demuéstremelo.

No se escuchó nada más, y en cuestión de minutos de nuevo solo escuchaba gemidos y palabras obscenas de parte de Claudia. La sangre me hervía, estaba fúrica, los celos me estaban consumiendo el alma. “Se salió con la suya de nuevo”, pensé.

Dudé de Maximiliano, pensé que solo me estaba utilizando o que se distraía conmigo. Mi mente no estaba del todo clara. Así que solo subí a mi habitación en silencio, desconsolada.

Cerré la puerta de mi habitación y lloré como nunca antes lo había hecho, sentía que lo perdía por segunda vez. Y Mientras mi mundo se acababa en mi habitación, allá en su estudio, estaba Maximiliano, disfrutando de un sexo desenfrenado con Claudia, con su esposa.

Al siguiente día no me sentía nada bien, le informé a la señorita Claudia que no laboraría ese día, ella, contemplando mi semblante, prefirió acceder a mi solicitud.

Durante todo el día la señora Florencia me atendió amablemente. Le pedí encarecidamente que no dejara que entrara nadie más a mi recámara, al menos que fuera urgente.

En el transcurso de la mañana Florencia me indicó que Roger preguntaba por mí, ella respondió como se lo había solicitado, diciendo que estaba indispuesta y que no me apetecía ver a nadie.

Él insistió, me afirmó Florencia: —pero le dije al joven que no me metiera en problemas, que respetara tu decisión, Estela. —Florencia es siempre una mujer muy diligente.

Durante ese día decidí aprovechar el tiempo y distraerme en mi laptop. No había reparado demasiado en lo que pasó con Maximiliano y el cuerpo de ese joven, llegué a pensar que fue algún pacto, pero él, en una de sus conversaciones, me relató todo con detalle, me dijo en qué hospital apareció y la fecha.

No necesité más datos para encontrar una noticia comunitaria, en un diario virtual de la región, en donde anunciaban el deceso de Juan, al lado, la foto del joven apuesto que ahora no era Juan, era Maximiliano.

No tenía redes sociales, al parecer, era de procedencia muy humilde, lo único que pude hallar fue que tenía una familia, y el campo en el que vivía junto a su esposa, en una rudimentaria y muy precaria casa de barro.

Al final del texto, se anunciaba que buscaban desesperadamente el cuerpo de Juan. También afirman que, debido a su edad y a su excelente condición física, era probable que hubiesen secuestrado su cuerpo para utilizar sus órganos en el mercado negro.

Es una suposición muy cruel para una familia que está tan dolida. Sentí tanta tristeza por ellos, pensé que, de una forma u otra, debían ser recompensados.

Los días siguientes me sentí mucho mejor y pude trabajar, aunque mi molestia con Maximiliano seguía latente. Él buscaba ocasiones para hablar conmigo y yo lo ignoraba, no lo veía a los ojos, no respondía a sus llamados.

Una semana pasó, estaba atendiendo la herida leve de un agricultor en los sembradíos de la mansión. El camino de ida y vuelta era un poco extendido, así que me tomé toda la tarde para hacerlo.

Ya eran las tres de la tarde cuando iba a mitad de camino, de vuelta a la mansión, cuando me senté a descansar por unos instantes en una banqueta de cemento.

Pero, cuando iba a reintegrarme en la caminata, me doy cuenta que Maximiliano llega, montado sobre un caballo, hasta donde me encontraba. Lo amarró de un árbol y yo aproveché ese tiempo para acelerar el paso y perderlo de vista. Sin embargo, él se apresuró y me tomó por detrás con sus brazos fuertes, me inmovilizó por completo.

—¿Qué te pasa, Estela? —me preguntó al oído.

—Mejor suéltame —respondí enojada— debo ir a trabajar.

—No te voy a soltar hasta que me digas qué te pasa.

—Como si no supiera, Maximiliano.

—¿Si no supieras... qué?

—¡Los escuché! Hace una semana los escuché en tu estudio, tuviste sexo con Claudia, ¿crees que soy tonta?

—No tenía otra alternativa, querida. He tratado de hablar ese tema contigo toda la semana, pero me evades.

—¿Para qué lo hablaríamos?

—Sabes que te quiero a ti.

—Pero te acuestas con otra —dije en tono de reproche.

—Lo hice solo con un objetivo —respondió—.

— ¿Conseguiste ese objetivo?

—Sí, lo conseguí. De eso he querido conversar contigo.

—Mejor no me digas nada... si quieres seguir con ella es asunto tuyo. A mi me pides discreción mientras con ella tienes sexo en cualquier momento.

Aún me sujetaba con sus brazos, estaba de espaldas a él.

—Sabes que tú eres la mujer que quiero, Estela.

—¡No me mientas más! —grité.

Tapó mi boca suavemente con una de sus manos, luego hizo un gesto y me pidió que hiciera silencio. Ocasionalmente pasaba uno que otro agricultor por ese camino, y no era correcto que nos vieran en esa situación.

Pero, de pronto, con esa misma mano empezó a explorar mis muslos, aún me sujetaba.

—¿Qué haces? —pregunté nerviosa.

—Algo que no debí dejar de hacerte desde aquella noche, para demostrarte que tú eres la mujer que yo deseo.

Tocó mi parte íntima sobre mi ropa interior, me humedecí inmediatamente. Él apartó mi tanga y pasó sus dedos suavemente, luego los introdujo en su boca.

Me di la vuelta y nos besamos apasionadamente. Yo moría de miedo, esto podía costarnos el trabajo, pero parecía que a él no le importaba. Me tomó fuertemente los muslos y me recostó en un árbol. Ahí desabrochó mi vestido u bajó mi tanga.

El lugar estaba desolado a esa hora, solo estábamos él y yo a la sombra de ese arbusto. De inmediato me agaché, desabroché su pantalón y tomé su miembro con mis manos, estimulándolo suavemente, con mis manos y con mi boca.

Él gemía y eso me excitaba mucho más. Me puso de pie, bajó la parte de arriba de mi vestido y quitó mi brasier. Me besó el cuello, los pechos, los labios de forma desenfadada. Cuando percibió que estaba muy mojada, me levantó por los muslos y de inmediato, me penetró por completo.

Ahí estaba yo, recostada sobre un árbol en un campo abierto, ahí estaba él, levantándose y penetrándose una y otra vez. Parecía insaciable, yo también lo era.

No lo pude contener, gemí muy fuerte, él también lo hizo, pero en mi oído. Llegué al orgasmo, nuevamente, él llegó al clímax dentro de mí.

Terminamos, mi corazón latía fuertemente, me puse el vestido rápidamente, él me ayudó a vestirme. Luego me besó románticamente y me prometió jamás volver a tener un encuentro de ese tipo con Claudia, de hecho, me aclaró que no se había repetido en los días posteriores.

Caminamos hasta la mansión tomados de la mano, riendo y poniéndonos al día con todo lo que había acontecido.

—Claudia quiere que robemos el dinero de mi hijo, y huyamos —me dijo.

—¿Qué piensas hacer? —respondí sorprendida.

—Esa noche me aclaró todo, y al día siguiente me indicó las cuentas bancarias a las que había transferido ya una parte del dinero, confiando en mis conocimientos. El delito está hecho, las evidencias están sobre la mesa, solo falta delatarla.

—¿Y el otro hombre con el que se iría?

—Supongo que ya no está en sus planes, ¡como sea!, lo importante es que durante todos estos días estuve organizando la evidencia. Todo está en orden, incluso tuve la oportunidad de grabar su voz aquel día, todo está registrado. Necesito que mañana temprano me acompañes, debemos acabar con esto de una vez por todas y denunciar su falta.

Eso hicimos, al día siguiente salimos antes de que ella se diera cuenta. Maximiliano había reunido toda la evidencia, hasta las fotos que le tomé a ella con el amante implicado.

Los detectives quedaron sorprendidos ante tales acusaciones, pero también se sorprendieron aun más al escuchar sus declaraciones grabadas, y al ver que la documentación recabada era auténtica, los movimientos bancarios, ilícitos y su firma estaba plasmada en cada proceso.

Ellos decidieron no darle tantas largas al asunto. Nos invitaron a acompañarlos en una de las patrullas y, al llegar, tres detectives preguntaban por Claudia.

Ella les invitó a pasar, no tenía idea del motivo de su visita.

—Señorita Claudia —rompió el silencio uno de los policías— queda usted arrestada por fraude financiero.

—Pero, ¿de qué demonios están hablando? —respondió Claudia, alterada.

Maximiliano interrumpió.

—Sabes de qué están hablando, Claudia, tu papel de víctima está de más.

—¡Eres un desgraciado, traidor! —gritó ella, mientras se impulsaba hacia él para agredirlo físicamente.

Los policías la detuvieron de inmediato, colocaron esposas en sus manos, y la llevaron en la patrulla.

Los días siguientes la noticia se hizo pública, y no solo eso, ante la ira y el resentimiento, Claudia terminó de confesar todos sus delitos: había reemplazado las píldoras del tratamiento de Maximiliano por otras, por lo que se le sentenció no solo por fraude financiero, sino también por asesinato.

El hijo mayor de Maximiliano, Antonio, acudió rápidamente a la ciudad al ver lo que acontecía, quedó sorprendido con el trabajo realizado por Roger, con mi ayuda. Agradecido y considerando su profesionalismo, decidió ascenderlo, ahora sería su asesor y administrador financiero.

La cercanía entre Roger y Antonio los siguientes meses, hizo que Antonio descubriera lo mismo que yo: que Roger, no era Roger, era su padre. Para Antonio fue una noticia difícil de digerir, pero con el tiempo se dio cuenta de que no era mentira y se sintió feliz. Ahora su padre era su asesor, su mano derecha y su confidente. Me di cuenta que Maximiliano no perdió nada, porque junto a su hijo, seguía velando por el bienestar no solo de sus riquezas, sino también de su familia.

Por su parte, Maximiliano tuvo que hacer muchos trámites legales para poner en orden su identidad frente al estado.

Con respecto a la familia de Juan, Maximiliano se sintió en deuda con ellos. A pesar de todo, ahora estaba en el cuerpo de alguien que también era padre de familia, y sabía que, para que el alma de Juan descansara, tenía que velar por la seguridad de ellos.

Me encargó esa tarea, así que decidí buscar una vivienda para la esposa y el hijo pequeño de Juan. Contacté con una agente inmobiliaria, y compré una gran mansión en la calle Peninton, una de las urbanizaciones más seguras de la ciudad. Maximiliano firmó un cheque por cincuenta millones de dólares, para que la familia pudiera tener una vida digna, educación, alimentación y los mejores recursos.

Yo me encargué de hacerle compañía a Clara, la esposa de Juan, me convertí en su amiga, en su asesora, y en su enfermera cuando ella lo necesitara. Le hice entender que todo lo que ahora tenía era un presente de su esposo, y que él seguía con ellas, a pesar de todo lo acontecido.

Las cosas volvieron a estar en orden, Maximiliano volvió a la mansión, Antonio hizo los trámites para que estuviera a su nombre, también, al pasar dos años le cedió gran parte de los derechos de las empresas, así compartirían responsabilidades, como antes de su deceso.

Sinceramente, la mayoría de las personas pensó que Antonio se había vuelto loco, se preguntaban cómo podía hacer eso con un extraño. Solo Antonio y yo sabíamos que, ese joven, no era ningún extraño.

Con respecto al amante de Claudia, no se supo más nada, solo desapareció del país. Maximiliano no le guardaba rencor, a fin de cuentas, la única y verdadera culpable fue Claudia, y estaba cumpliendo su condena.

La relación entre Maximiliano y Gabriel se fortaleció mucho, y aunque Maximiliano nunca le confesó nada, sabía que su hijo era consciente de lo que pasaba cuando, un día cualquiera, jugando, le llamó “papá”.

Por mi parte, ahora sigo en la mansión, pero no como empleada... Maximiliano, a los meses de todo lo acontecido decidió pedirme matrimonio, nos casamos, invitamos a todos los trabajadores, amigos y familiares a la boda.

Ahora, seguimos juntos y muy felices, él disfruta cada día lo hermoso de la vida. Sinceramente no sabemos cuánto dure este bono adicional que Dios nos dio para compartir la vida. Sé que en cualquier momento Maximiliano puede marcharse de nuevo, y no me podré quejar, porque las segundas oportunidades escasamente existen.

Ambos acordamos que viviríamos cada día como si fuera el último, que disfrutaríamos de la presencia del otro, y que, cuando llegue el momento de partir, agradeceríamos esta oportunidad, por todo lo hermoso que hemos vivido, por la familia y por el amor tan grande que nos tenemos.

Aquí estamos, viviendo el día a día, rodeándonos de vida, y convencidos de que el amor trasciende la vida y la muerte.